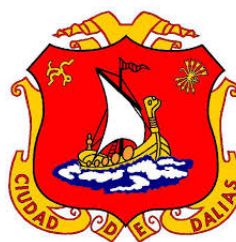




# III CERTAMEN DE RELATO CORTO



## CASINO DE DALÍAS



**Primer premio**

**Título: Puertas Adentro**

**Autor: Sabrina Álvarez**





**Sobre la autora...**

**Sabrina Álvarez, escritora  
(9 de Julio, Provincia de  
Buenos Aires – Argentina  
- 1968)**

**Ha publicado la novela  
Piacenza, (Editorial  
Modesto Rimba), año  
2018.**

**Fue ganadora 1er premio  
en VII Concurso Literario  
de cuento 2019, Sociedad  
Argentina de Escritores  
(SADE Zona Norte).**

**Ganadora de 1er premio  
Concurso Venus 2019 de  
cuento erótico femenino,  
Barranquilla, Colombia.**



**Finalista del XVIII Concurso literario Rotary Club La Falda 2019, ciudad de  
Córdoba, Argentina.**

**Finalista en VI Concurso de microrrelatos eróticos: “Sensaciones y sentidos”,  
España 2019.**

**Finalista de V Certamen Internacional de relato corto La Esfera, Santa Cruz de  
Tenerife, España 2020.**

**Sus cuentos forman parte en diversas antologías y revistas literarias.**



**Puertas Adentro**  
**Sabrina Álvarez**



## **Puertas adentro**

Abro los ojos. Mi reloj biológico me despierta a las ocho en punto. Ya no importa si es día de semana, domingo o feriado. Es cuarentena. No enciendo la luz, me calzo las pantuflas y voy hacia la cocina. Abro la ventana, una bandada de teros pasa por encima del nogal con ese chillido que anuncia una visita falsa. Me apoyo sobre el marco y respiro profundo. Intento disfrutar el canto de los pájaros, igual que todos los domingos, aunque hoy no lo sea. Es liberador no tener que escuchar las maquinarias, ese ruido constante de la moladora, el quejido de las varillas al ser agujereada, el sople ronco de los camiones y sus bocinas.

Ira, la perra manto negro, alza las patas, las apoya sobre el marco. Me mira con sus ojos negros y profundos. La acaricio. Entre mis pies, los saltos de Kía, la Shropshire, emite grititos estridentes para que me aleje de Ira. La reto y la levanto para que se calle mientras la acerco hacia el hocico de la otra perra. Ira saca sus patas de la ventana y se aleja. El instinto afinado de ubicación no deja de sorprenderme. Ira, de un tarascón, podría tragarse a Kía como si fuese un buñuelo, en cambio elige distanciarse. La distancia de los perros es por códigos. Hoy, a los humanos, nos ordenan distanciarnos. Prendo un cigarrillo, Ira ladra y, al mismo tiempo, Hermes me llama desde la habitación.

Ya voy, grito. Hace una semana lo operaron a Hermes, después de quince días que se fracturó la pierna y que el Presidente anunció la cuarentena. Quince días donde no se habla de otra cosa que no sea del tiempo que le ganamos a la pandemia, mientras la incertidumbre va enhebrando diferentes miedos: el contagio, la economía en picada, el hambre, la falta de insumos. Mientras tanto estamos guardados, sitiados, mirándonos de reojo y a distancia en los

supermercados y en las farmacias, porque el pánico es una herramienta poderosa que nos contamina.

Menos mal que tenemos todos estos aparatos que si no, no sabríamos en qué día vivimos, dice Hermes cuando le llevo el desayuno. ¿Menos mal?, digo alterada apoyando la bandeja para bajar el volumen de la radio, busco a cuatro manos entre las sábanas el control del televisor para dejarlo sin voz mientras suena el celular, el de él. Me mira, me sonrío, levanta los hombros y yo me escabullo hacia la cocina con el envase de lavandina en la mano.

Me falta sexo, pienso y recuerdo que la última vez fue el día anterior a que se quebrara. Ahora que tenemos tiempo, no tenemos espacio. Maxi, de dieciocho, vive confinado en nuestro búnker, y acepta sin resistencias compartir el encierro y respirar la misma atmósfera. Pero las habitaciones están pegadas, pegadísimas, y se escucha hasta el aliento...

¡Quiero coger!, reprimo el grito atragantándome con un bollo de pan negro.

Hago la lista de las compras. Me pongo los anteojos, la mascarilla, y salgo. El tramo de ruta hasta la ciudad está vacío. Veo perros vagando por las calles desoladas. Entro al supermercado, cargo el chango con los productos de la lista. Hago la cola en la caja y alguien estornuda cerca. Las seis personas que estamos esperando nos damos vuelta. El tipo no lleva barbijo. Nuestros ojos se cruzan. Lo miramos como si estuviese a punto de morir y nosotros de infectarnos. Corro hacia el auto, me unto en alcohol en gel, manejo por el acceso vacío, paso la caminera donde la tienda de campaña —así la llamo—, rodeada de patrulleros que cortan el paso, me recuerda las historias que contaba mi padre sobre la dictadura. Bajo la ventanilla. ¿De dónde viene, señora?, pregunta el gendarme detrás del barbijo.

Entro al pueblo. Me falta el aire, me ahogo, toso, hasta que freno delante del garaje. Esto no es vida, maldigo cuando la bolsa con frutas se me patina de las manos y las naranjas

ruedan hacia la calle. Respiro hondo mientras las junto. Ni siquiera siento alivio al abrir la puerta de calle.

Estoy anulada. Van veinticinco días de encierro. Me convertí en un ama de casa obsesiva por el orden y la limpieza en ¿tres semanas? Hace tiempo que no limpiaba los vidrios repartidos de las puertas, son odiosos y se ensucian más rápido de lo que tardo en repararlos, uno por uno. No quiero ni contarlos: Dieciséis por dos, treinta y dos. Treinta y dos por tres, noventa y seis, más veinticuatro de la ventana, ciento veinte.

Pará un cachito, dice Hermes y me pide que le alcance el control del televisor y que prepare mate. No le contesto. Te quedan manchados con lavandina, opina Maxi que me observa del otro lado de la puerta. Aprieto los dientes. No lo miro, ni a él ni a Hermes, mi mano sigue la ondulación del trapo sobre el vidrio ochenta y pico. El vecino de enfrente pasa la máquina de cortar pasto, va y viene, va y viene, de un lado a otro. Lo miro para saludarlo. No me ve. Tiene los ojos hacia abajo por donde la máquina va dejando surcos. Pobre tipo, vaya a saber lo que se le cruza por la cabeza ahora que no puede abrir el restaurant. Respiro profundo y vuelvo a los vidrios. Cuando te canses sigo yo, dice Maxi que acerca la boca a uno de ellos, lo sopla, lo empaña, con el dedo pone su inicial y sale corriendo cuando ve que me quedo quieta, que suelto el trapo y que aprieto los nudillos. Las uñas se me clavan en las palmas. Comienzo a correrlo. Sabe que no lo voy a alcanzar. Se ríe desde el borde de la pileta y con las manos me pide una tregua mientras se acerca. Me abraza. Pará un poco má, estás pasada de rosca, bajá un cambio. Apoya un brazo sobre mi hombro y me empuja hacia la puerta. Noto el cuidado que pone en no rozar el cristal mientras la abre. Aflojá, dale, me dice al oído. Cuando entramos veo que Hermes hace un gesto de dolor. Intenta pararse para

alcanzar las muletas. Corro hacia él. De repente, tanto el afuera como lo que pasa dentro, se vuelve un caos.

Nos llega la noticia de que tres casos dieron positivos, los primeros. No son casos, son personas, digo con un nudo en la garganta.

El control es más estricto, se habla de un toque de queda a partir de mañana. Me quedo sin ganas de seguir limpiando por hoy. Desde la Tablet leo una de las páginas del Diario de Kafka. No me concentro, Hermes sigue frente al televisor y mi cabeza va de la Tablet a las letras de molde de la pantalla: “Nueva York, superó los 100.000 contagios y hubo 562 muertos en las últimas 24 horas”. Cierro los ojos. Los acordes de un hip hop llegan como oleadas desde el cuarto de Maxi. Bajá el volumen, grita Hermes. Silencio.

La llamo a Nela, mi hija mayor, que vive por temporadas en Barracas, con el padre. ¿Estás bien? Sí. ¿Te cuidás? Más o menos. Qué decís, Nela, tenés que preservarte. Tranquila, mamá, me cuido, ¿está bien?, y me dice que está ocupada, que después me llama. Me quedo con el teléfono en la mano pensando en Nela.

Se hace de noche y picamos algo que quedó del mediodía. Ordeno la cocina, preparo café y ayudo a Hermes a sentarse en el sofá con la pierna hacia arriba. También yo me siento. Está con el control remoto en la mano a punto de poner Netflix y me mira. Deja el control sobre la pierna y me caricia. Me sobresalto. Sigo tensa. Su brazo se enreda en mi hombro, me arrima. Hermes, en un momento íntimo como en el que estamos, aprovecharía para meter la mano debajo de mi camisa y agarrarme una teta. Debo tener cara de alterada, de psicótica, de loca desquiciada, para que desperdicie la oportunidad. Ya no le gusto, pensaría si este fuese otro momento. Cierro los ojos con la intención que mi cabeza se relaje. Todo es movimiento, la vida es un continuo flujo de energía, ya va a pasar, me dice al oído. Me aflojo y lloro en silencio sobre su pecho. De repente siento que su mano me roza el cuello, los dedos se



mueven, van direccionados, suaves pero ligeros, dentro de mi blusa. El pulso se me acelera, lo abrazo, me abalanzo y dejo que fluya.

Es raro. No sé en qué día vivo y sin embargo estoy tan presente. La pandemia arrastra los días de aislamiento y los miedos comienzan a materializarse, a hacerse concretos. Ya no veo en las redes tantos memes ingeniosos sobre la situación del virus. Maxi me muestra algo que le enviaron a su celular, lo miro y no me causa gracia. Es un chiste, hay que reírse, no tenés humor, dice enulado. Soy rara, pienso. Es verdad a medias, no lo de ser rara, si no lo que dice Maxi, aunque es obvio que no cualquier cosa me hace reír. Nela me llama por teléfono. Me encierro en el baño para hablar con ella. Cortamos y vuelvo al comedor. De repente me llega un video que es por demás de absurdo y logra que suelte la carcajada. Hermes y Maxi me miran serios. ¿De qué te reís?, preguntan. Les explico el chiste mientras imagino la situación y me río más fuerte. ¿Le contás de estos ataques a tu analista?, pregunta Hermes y Maxi se prende en la gastada. Comienzo a ser bufón y motivo de sus burlas socarronas. Mi risa se pierde y vuelvo a ser la rara. Los dejo hablando solos. No me enojo. Entiendo que es más fácil hacer reír que llorar, aunque conmigo, ese paradigma, no funcione del todo.

Más tarde le cuento a Maxi que hablé con Nela, le comento que tiene ganas de volverse. Ni loco pienso compartir la pieza con ella, dice terminante. La llamo y le cuento también a mamá. Por último a Hermes. Que se quede en lo de tu vieja que tiene lugar, opina y vuelvo a hablar con mamá. Yo no tengo problema, que se venga, sería una compañía, pero vos, ¿qué querés hacer?, me tira como un baldazo de agua fría. Me di cuenta de que hablé con cada uno

de ellos sin tomar una decisión propia. Quiero que Nela esté bien, donde sea, digo aunque no sé si soy demasiado honesta. ¿Quiero que vuelva? Esto sí que debería hablarlo en análisis.

Mi analista, apenas comenzó el aislamiento, me mandó un mensaje diciéndome que solo atendía urgencias por skype. ¿Qué hago? ¿Debería llamarlo? Anoche me desperté a la madrugada luego de un orgasmo onírico y sentí la misma culpa que tuve a los trece, cuando no sabía si estaba enferma o me iba a morir, igual no me importaba porque los dedos iban de arriba hacia abajo sobre el botón que sobresalía de los labios, esos labios que lo cubrían, que se engrosaban y se mojaban y yo seguía moviéndolos hasta que todo estallaba dentro, la boca se me llenaba de un quejido desconocido y me quedaba hecha un ovillo, con miedo, con culpa, con esta misma culpa que siento ahora al vivenciar el sueño de un polvo espectacular con mi analista. ¿Será esto una urgencia?

No sé por qué cada vez que me angustio mi libido se dispara. La noche que murió papá me pasó lo mismo. No podía dormir, Hermes tampoco. Comencé a dar vueltas por la casa hasta volver a la habitación. Él estaba acostado, la pantalla del televisor emitía una película de zombis sin sonido. Me adosé a su cuerpo y comencé a moverme. ¿Te parece?, dijo con los ojos que le brillaban y no de ganas. Tuve un orgasmo silencioso y no pude dejar de llorar hasta la noche siguiente que volví a buscar a Hermes entre las sábanas. Al tercer día comencé análisis. Y ahora, ¿qué le puedo contar?, ¿Qué se me disparó la libido porque estoy angustiada porque quiero y no quiero que mi hija vuelva? Vía skype no podría mirarlo de frente, tan cerca y tan lejano, sin que una chispa de mi sueño se dispare.

Algo arde, algo se enciende, ¿qué hago con esta culpa que me colma?

¡Hermes!, lo llamo. No me escucha. Está en el living, frente al televisor, contando muertos. Desde el cuarto le mando un mensaje de whatsapp:

Maxi se está bañando, vení rápido.

Me olvido de poner corazoncitos.

Siento el clap, clap, de las muletas. Estoy desnuda y de rodillas sobre la cama. Me mira. Trastabilla. ¿Otra vez triste?, dice mientras cierra la puerta y, con movimientos torpes, deja las muletas contra la pared.

Abro los ojos. Las ocho. Me levanto, preparo el desayuno y enciendo la computadora. Mientras hago café pienso que hoy es veinticuatro. Hoy se cumplen seis meses. No de la cuarentena, ni del encierro, ni de la aparición de este virus de mierda. Seis meses de que murió papá.

Desayuno sola en la barra. El café tiene un aroma exquisito. Me llevo el pocillo a la boca y pienso que tengo que llamar a mamá.

No me apuro a terminarlo, saboreo. Tengo que llamar a mamá, lo trago.

Llamo. El teléfono suena varias veces, no me va a atender, pienso. A la séptima llamada contesta. Hoy, como todos los veinticuatro, no utilizo el protocolo de los demás días, donde le pregunto cómo amaneció y donde le pido una receta fácil y ella me cuenta cómo está creciendo la rosa del desierto que compró en el vivero. Tiene la voz quebrada. ¿Querés que vaya? Me dice que no, que tiene pensado ir al cementerio en bicicleta. Intento explicarle que no puede hacer eso, que el cementerio está cerrado, que estamos en cuarentena, que le puede pasar algo. Me corta. Llamo a mi hermano. Mamá entró en crisis, le digo ni bien atiende. Estoy dormido, Lola, ¿qué pasa? Él vive en la ciudad igual que mamá. Y cerca de su casa. Le cuento, le pido que vaya y me llame. Dejela que haga lo que quiera, me dice y quiero masticar el celular. El cementerio está a cuarenta cuerdas de la casa de mamá. Le puede pasar cualquier cosa, por favor, Fabi, sabés que tengo a todos los zorros en la entrada al pueblo, solo puedo

salir una vez, después voy yo, ¿me hacés el favor? Logro que vaya. Me llama cuando estoy a punto de sacar el auto y salir a buscarla. Me cuenta que la encontró a mitad de camino, que la siguió en la moto y la convenció de volver. Mamá está *patrás*, dice. No hay necesidad de que me explique cómo está. A todos nos pegó fuerte la partida de papá. No podría ponerme en la piel de ella, con lo unidos que eran. Encima vive el duelo en aislamiento. No quiero pensar cómo sigue esto.

Dejo algo organizado para el almuerzo y salgo. Voy a verla. En el camino, la angustia me oprime el pecho. Estaciono y me tomo un tiempo antes de bajar del auto. Tengo la llave de la casa, entro por el garaje. La voz de papá me paraliza, sale por los bafles: Volver, con la frente marchita, las nieves del tiempo, canta. El cidíde papá. Lo escucha todo el tiempo. Tomo aire. No voy a llorar, me impongo. Enseguida se me viene a la cabeza todas las veces que lo escuché ensayar en casa, en la cocina, en el comedor, en el baño, en el cuarto. Yo tenía diez años la noche del estreno. Él estaba precioso con un traje hecho a medida, una camisa blanca y la corbata a rayas, en tonos azulados. Los ojos verdes, transparentes, con un brillo distinto ese día. Se lo notaba nervioso. Sentir, que es un soplo la vida..., vocalizaba con la mano haciendo un huequito sobre la oreja. Mamá y yo también estábamos de estreno, estrenábamos unos vestidos maxi largos. Ella estaba bellísima y maquillada como no la veía casi nunca. Yo no dejaba de mirarme al espejo, el vestido me hacía parecer más grande y más alta. Adivino el parpadeo, de las luces a lo lejos..., comenzó a cantar papá luego de la presentación magistral: Le damos la bienvenida al galán del tango, anunciaron y la gente lo aplaudía de pie y mamá lloraba y reía y yo pensé que iba a explotar de la emoción.

Mamá, ¿dónde estás?, grito para que me escuche. Me hace señas desde la cocina. No bajo el volumen del equipo, ella lo hace. Me acerco, tiene los ojos hinchados y chiquitos. Quiero abrazarla. La abrazo. Me importa un carajo el virus y lo de saludar con los codos y

tirar besos a la distancia. Mierda. La abrazo fuerte. Tiene preparado dos mates. Reímos y lloramos.

Regreso a casa devastada. Almuerzo poco. Hablo poco. Necesito un poco de aire. Ahora vuelvo.

Al final no me comuniqué con mi analista. Hoy, después de treinta y ocho días de confinamiento, sería el día indicado. Doy vueltas con la idea de llamarlo mientras lleno la bañera. Hermes y Maxi están jugando una partida de truco en el comedor, aprovecho y voy a la habitación, me dirijo al placard. Abro el tercer cajón de la derecha. Están en el fondo. Los miro y no me decido por cual. Tenemos dos. Recuerdo cuando aparecí con el primero, pequeñito, color verde, de textura suave y le puse un nombre irrisorio: Wasabi. Luego compré a Thaison, más grande, parecía poderoso y se cargaba con cable USB. Resultó ser un poco tosco. Por suerte a Hermes no le molesta, al contrario, le gusta que implemente cosas diferentes. No es como el novio de Ana que se le plantó y le pidió que se decida: Esas porquerías o yo. Pobre de ella. Elijo a Wasabi y corro a meterme en la bañera. El calor del agua me libera, las sales desprenden un olor a sándalo cautivante. Relajo la cabeza entre la bañera y los azulejos. Sumerjo también a Wasabi. Escucho las risas que vienen del comedor. No me perturban. Tengo los ojos cerrados y sigo. Pienso que no llamé a mi analista y sigo. Entra una llamada en el celular. Es Nela. Lo dejo sonar y sigo, infinitamente, hasta que todo se aplaca.

¿Cómo sigue esto? Van cuarenta y nueve días. Es interminable. La economía se cae a pedazos, la gente pierde el empleo, negocios que cierran, fábricas que bajan la cortina. Hambre, angustia, incertidumbre. Quiero creer que hoy es un día de esos apocalípticos como me suelen agarrar, donde veo todo negro, luego se me pasa. ¿Pasará?

Me siento patética. Extraño los sábados donde nos juntábamos el grupo de los siete, siete parejas amontonadas en una casa hasta cualquier hora de la madrugada, riéndonos de los mismos chistes de siempre. Patética o no, extraño esos momentos en que Cecilia se ensaña con Carlos y le saca la comida del plato para que no engorde. Extraño el karaoke, cuando Pablo y Rochi se ponen a cantar, mientras Silvana y Mariel bailan detrás de Marcelo que prepara los tragos. Extraño que me pidan que les lea uno de mis cuentos.

Me siento más patética porque encima me acuerdo de que hace varios días que no llamo a Nela. Qué madre descuidada, qué insensible, qué mala. ¿Será así? Tal vez, sí. Hermes intenta contenerme. Me dice que ella prefirió esa vida —lo que quiere decir Hermes es que Nela eligió al padre—. Vos no vales nada para ella, ¿no te das cuenta?

Ay, duele.

Pero ahora quiere estar acá, digo.

Le debe convenir, responde.

Siempre que tocamos el tema, el discurso de Hermes es contra el padre de Nela y contra Nela. Utiliza esa herramienta todo el tiempo y no entiende que mi angustia no pasa por una elección. Yo puedo separar a mi hija de ese hombre que me trató como a una cucaracha. Nela está por cumplir veinticuatro y desde los dieciocho se fue con el padre. La veo poco. Compartimos momentos escasos, y no me importa que tenga los rasgos de él, que gesticule igual, y que haya heredado el mismo carácter de mierda.

Cada vez que hablamos, siento culpa.

—¿Cómo estás?

—Para la bosta.

—¿Qué pasó?

Siempre me llama para contarme algo que, para mí, es como si una bomba estallase encima de mi oído. Toda su vida, desde adolescente, algo está a punto de explotar. La escucho y se me oprime el pecho. Intento decir algo que la calme. No lo consigo. Me quedo abrumada, sin saber cómo ayudarla.

Ahora quiere pasar la cuarentena con nosotros. Y la verdad, la verdad, que bien adentro, no tengo ganas.

¿Qué le pasa, ahora?, me preguntó Hermes que me escuchó hace un rato hablar con Nela. Él nunca la entendió. En realidad, a mí también me cuesta entenderla. La culpa me desgarras. Le diste todo, nunca quiere venir a verte y ahora que no se puede, ¿se le ocurre venir? ¿De qué culpa me hablás? No, Hermes, no es blanco o negro, no pasa por lo que le di o no, es más profundo.

Ay, esto sí duele de verdad.

Escucho las sirenas. Las seis de la tarde. Me asomo a la ventana antes de cerrarla. La calle está vacía. Hace rato que el equipo de fútbol zonal no entrena, los veía pasar siempre. El letrero del gimnasio de la esquina está apagado. Veo las luces azules de un móvil policial, otra vez la sirena. Cierro la ventana. Todos, puertas adentro, reclusos, hermetizados.

Volvió Nela. Hoy es la primera vez que voy a verla. Ya está instalada en casa de mamá. No estoy ansiosa, porque desde que vino y durante la semana que estuvo aislada en un hotel, me llamó alrededor de tres veces al día. Volvió verborrágica. En medio de esas charlas me

enteré de que la causa no fue la pelea con el padre, como me había dicho por teléfono: que estaba loco, que no se lo bancaba más y todas esas cosas de las que me habló, y me habló a moco tendido. Lo cierto es que se volvió porque al chico que conoció allá y que es de acá, lo agarró la cuarentena acá y ella estaba allá. ¿Cómo iban a mantener una relación a distancia? Así es Nela.

Antes de salir, mamá me llama. ¡Está preciosa!, y el chico es un encanto, me dice. ¿Cómo que el chico?, no se te habrá ocurrido dejarlo entrar. Lola, vos también fuiste joven, ¿o no te acordás? Hago silencio. No la refuto, seguro que no se acuerda de lo implacable que fue conmigo en aquel tiempo y, aparte, el problema es la exposición, la suya propia. No puede llenar la casa de gente. Es por vos, mamá, es peligroso, hay virus. Voy para allá, digo y corto.

Maxi me alcanza cuando ya estoy en el auto. ¿Puedo ir con vos a ver a Nela?, me dice con el barbijo puesto. Le contesto que no. Me llenó la cabeza con que no quería compartir el cuarto, que su hermana era imbanicable, que le iba apropiarse su espacio, y ahora quiere verla. Dale, ma, ¿puedo? ¡No, no y no!, y arranco.

En el campamento nuestro el permiso, me toman la fiebre y en veinte minutos estoy frente a la casa de mamá. Entro y la veo sirviendo el té a un muchacho. Nela se cansó de esperarte y fue hasta la bicicletería de acá a la vuelta, dice mamá y me presenta a Lorenzo. La llamo aparte. ¿Me querés decir qué hace este pibe acá? Me mira, menea la cabeza y contesta: Es un santo, ¿qué tiene?, si vieras cómo se le iluminan los ojitos a Nela. También me cuenta que le dio la bici que era de papá. La fue a inflar para hacerme los mandados, está cambiada Nelita, afirma, y vuelve a la cocina. Vení, Lola, me llama. Lorenzo, contanos cómo fue que conociste a mi nieta. No lo escucho. Me dejo caer en el sillón y cierro los ojos.



Hermes me pregunta cómo me fue. ¿La viste?, ¿te trató bien?, ¿te contó algo nuevo de allá? “Algo nuevo de allá”, quiere decir algo del padre. Contesto con monosílabos. No tengo ganas de hablar ni mucho menos de confesar que estaba con el novio, ambos en la casa de mamá haciendo cuarentena. No quiero escuchar sus opiniones, ahora, ni las de Maxi, que es probable que se ponga del lado de Hermes para llevarme la contra o para criticar a su hermana. Me voy a bañar, digo. Entro al baño y dejo que el chorro caliente de la ducha me afloje los nudos de la espalda. ¡Maxi!, grito. Escucho el clap, clap. ¿Qué pasa?, se asoma Hermes. Vos no, no vas a poder, que venga Maxi y me alcance una toalla de la repisa. Fue hasta la despensa de Pocho, lo mandé a buscar un vinito, dice. ¡Dios!, maldigo y salgo de la bañera, mojo la alfombra, corro hacia el lavadero, el ambiente está frío, el piso helado, y no me importa si dejo huellas mojadas en todo el recorrido.

¿Te relajaste?, me pregunta Hermes cuando vuelvo al comedor, aún con el pelo húmedo. Me convida una copa. Maxi preparó una picada. Pruebo un maní, una rodaja de chorizo y disfruto el sabor del malbec rojizo, con cuerpo, apenas picante, y trago. Setenta días de aislamiento. No brindamos.

Hoy es jueves 4 de junio. Escuchamos al Presidente hablar de la curva, también nos felicita por tomar conciencia. Tengo que recapitular cuando dice que la cuarentena sigue. Habrá flexibilizaciones en las provincias donde no haya infectados. Si alguien se infecta, ¿vuelve todo para atrás?, pregunto. Shhh, escucho. No es el sonido que hace el viento que sí está soplando fuerte, es Hermes que chista. Él me silencia, la Nación me aísla, me levanto, abro la ventana, saco la cabeza afuera y dejo que sea el viento el que me sopapee. ¿Qué hacés, Lola?, cerrá y vení que hace frío. Lo imito, respondo con un chistido. Hay días en

los que la tolerancia desciende igual que las hojas de este otoño soleado y frío. Y se desmorona.

Estoy barriendo el patio, amontoño las hojas, suena el teléfono. Es mi hermano. Ahora es él quien está preocupado. Mamá se fue al cementerio con tu hija, las dos en bicicleta. ¿Nela te comentó algo? Se me hace un nudo en el estómago. Le digo que no. Me cuenta que discutió con Nela cuando la escuchó decirle a mamá que sabía cómo entrar por la parte de atrás, que ella antes iba... ¿Cómo que iba? Eso dijo, con los amigos, y que pasaban levantando un alambrado. ¿Y a qué iban? Qué se yo, Lola, es rara tu hija. Le digo que esta vez me ocupo yo. Dejo la escoba apoyada contra la pared, intento llamar a Nela. No me contesta. Mamá, tampoco. No le aviso a Hermes ni a Maxi. Salgo. Paso los controles sin problemas. Es domingo. La ruta está desolada, siento frío aunque hace sol y un poco me encandila. Con la cabeza en la insensatez de mamá y la imprudencia de Nela, no me doy cuenta de que voy con el vidrio bajo y los pelos al viento. Tampoco me doy cuenta de que ayer dije que debía cambiar el aceite y, urgente, cargar nafta. No voy a llegar, no voy a llegar, y el auto baja velocidad. El acelerador no responde. ¡Maldita sea!, estoy sobre la ruta y sin nadie a la vista. Con el resto de impulso estaciono en la banquina. Me bajo. Abro el capot. Sale humo y el olor a aceite quemado me da en la cara. Miro hacia todos lados. Nadie. No me queda otra que llamar a mi hermano, él sabe algo de mecánica. Traé un litro de nafta y comprá aceite, estoy a mil metros de la rotonda. Ah, otra cosa, ¿si te dejo el auto, me prestarías la moto? Me dice que a mí no me gustan las motos. Eso no importa ahora, Fabián. Aguantá que voy, dice y busco en la cartera cigarrillos. Vuelvo a llamar a Nela y a mamá. Nada. Fumo hasta que escucho los rebajes del cambio de la Honda. ¿La sabés usar?, Fabián me mira y por la cara que le pongo,

se calla y la deja encendida. Me da el casco, me subo, pongo primera, salgo despacio, luego acelero. Intento pensar por dónde pueden haber entrado cuando llego y veo que está ingresando un servicio. Dejo la moto delante de un árbol. Saco las llaves, me cuelgo el casco en el mismo brazo donde llevo la cartera, y voy detrás de los dolientes.

Apenas entro desvío hacia donde está la tumba de papá. Camino agitada, no logro controlar la furia que me produce perseguir a mamá como si fuese una nena, y encima, también a Nela. Qué se cree, que puede venir y revolucionarnos, con todo lo que me cuesta lograr algo de armonía; la voy a matar, me digo mientras avanzo hasta que doblo y las veo. Están sentadas sobre el pasto frente a la tumba. Nela me hace señas con la mano. Me acerco. Miro las camelias del jardín de mamá en los floreros, leo el nombre de papá en la placa, me cuesta respirar.

Mamá, me llama Nela, ¿podés creer que la abuela tuvo el primer orgasmo y el último solo con el abuelo? Niego con la cabeza. Se me llenan los ojos de lágrimas. Nela sonrío y a mamá le brillan los ojos. Me siento en medio de ellas sobre el pasto. No sé qué decir. ¿Y vos, mamá?, me interroga. ¿Yo, qué?, digo. Si tenés muchas cosas pendientes, que no te animás o que no podés, algo, yo que sé, dice con la frescura que a mí me falta.

Miro primero a Nela, luego a mamá. Las tres generaciones juntas. Las arrugas de mamá están empezando a ser las mías y serán, quizá también, las de Nela. Abro los brazos. Esto, digo, y las aúno entre los míos.